

# Ocho respuestas sobre la guerra civil española



**Parayotis Kanellopoulos**

antiguo Primer Ministro; miembro de la Academia de Atenas; miembro del Parlamento Griego.

que retira sus derechos al ciudadano) para aquellos que, cuando estalla una revuelta en la ciudad, no toman partido ni por un bando ni por otro».

La primera frase es muy grave. Fue formulada por Cantacuzeno en una hora de sombría meditación que era uno de los rasgos característicos de su espíritu. Lamentaría que él tuviera razón, aunque espero que la historia futura de España y de Grecia provocará que la verdad contenida en esta frase no sea absoluta.

La segunda frase del emperador tiene su origen en Plutarco. En efecto, Plutarco en la «Vida de Solón» nos indica que este célebre ateniense a prescrito una ley en la cual es «deshonrado», es decir, pierde su cualidad de ciudadano, aquel que en una ciudad donde ha estallado una revuelta, no toma partido ni por un bando ni por otro. Federico Schiller —en un bello ensayo sobre Solón— se muestra en desacuerdo con esta ley que incluso Plutarco califica de «paradójica». Jorge Grote, tratando de encontrar las razones específicas que animaron a Solón a prescribir esta

ley, parece tener numerosas reservas en cuanto a su justicia. En tanto que hombre que ha tenido la desgracia de hallarse implicado —tanto más cuanto que fui Ministro de la Guerra— en una guerra civil, creo que Solón tenía en principio razón. El ha querido —como nos lo cuenta Aristóteles en la «Constitución de Atenas», que no era aún conocida en la época de Schiller y Grote— estigmatizar a los que por pereza, dicho de otra manera a los que falta el sentido de la responsabilidad común a todo ciudadano activo, se mantienen alejados del conflicto civil, permaneciendo indiferentes a su resultado. Añadiré que existen otros que se mantienen alejados para poder —cualesquiera que sea lo que les lleve a ello— explotar los sacrificios de los demás. En consecuencia, la ley de Solón es justa y sabia. La ley no menciona de ninguna manera, ni condena a los que en circunstancias históricas muy especiales tratan de interponerse entre los dos antagonistas y procuran corriendo el peligro de ser lapidados por ambos contendientes, prevenir o frenar una guerra civil.

**J**UAN VI Cantacuzeno (1293-1383), Emperador de Bizancio (1341-1355), ha declarado a propósito de los que se encuentran implicados —como lo estuvo él mismo— en una guerra civil: «Ni el infortunio, ni la prosperidad, ni el tiempo que todo lo resuelve puede hacer olvidar los odios (...). Mientras ellos abandonan las leyes de Licurgo, los ciudadanos observan escrupulosamente una única ley de Solón de Atenas, la ley que deshonra (es decir aquella



Los españoles y los griegos son los únicos pueblos europeos a los que la historia ha condicionado en los últimos cincuenta años, a sufrir la terrible prueba de una larga guerra civil. Las causas fueron diferentes —igualmente lo fueron las metas— de la guerra civil en España y en Grecia. Por esta razón la composición de los bandos en conflicto fue también diferente. Pero el destino de la guerra civil es igualmente doloroso, cualesquiera que sean los bandos de un mismo pueblo que se enfrenten. El peso de la muerte para cada familia, para cada círculo de amigos y cada familia de pensamiento que pierde a uno de sus miembros es idéntico, sean los muertos quinientos o quinientos mil.

Quiero insistir muy especialmente sobre una diferencia histórica fundamental entre ambas guerras civiles. La guerra civil griega fue el triste epílogo de la Segunda Guerra Mundial. La guerra civil española en cambio el terrible prólogo. Ella hubiera debido hacer comprender en su momento a los gobiernos de los grandes países los peligros que surgirían y que les han obligado más tarde a combatir durante cinco años, en nazismo y el fascismo. Y hubieran debido, no solamente rehusar cualquier clase de compromiso con Hitler sino sofocar, desde sus primeras manifestaciones, su política expansionista.

Sobre el suelo de España, inundado de sangre en los años 1936-1939, se ha desarrollado la primera fase de la Segunda Guerra Mundial. Fue el primer acto del gran drama. Los bandos antagonistas estaban muy claramente definidos. De un lado, los liberales y los socialistas de todas las tendencias, así como los «anarquistas», de otro lado los reaccionarios de tipo tradicional y los fascistas. Este segundo bando fue manifiestamente ayudado —aviones, tanques, material de guerra así como decenas de millares de hombres— por Hitler,

Mussolini y (de manera camuflada sobre la que nadie podía llamarse a engaño) por el Portugal fascista de entonces. La ayuda al bando republicano fue menor en material militar e incomparablemente más escaso en hombres. La Unión Soviética ha ayudado —pero de un modo reservado, directamente o por mediación del Komintern— a los republicanos, mientras que Francia cuyo Primer Ministro a la sazón Léon Blum «ese francés sensible y apasionado» como lo describe Hugh Thomas, «that passionate and sensitive french» (The Spanish Civil War, Penguin Book, página 281) ha querido ayudar abiertamente (en la medida de lo posible), pero en los países occidentales predominaba la doctrina de la «no-intervención» que sostenía ante todo el Gobierno británico para evitar una conflagración pan-europea, que él estimaba ser una consecuencia ineluctable de la ingerencia abierta en la guerra civil española. Al fondo, la Unión Soviética que atravesaba por estos años una gran crisis en sus círculos dirigentes, militares e ideológicos, y que igualmente temía la transformación de la guerra civil española en una guerra pan-europea o mundial. De todos los estadistas occidentales, Léon Blum fue «el actor trágico del drama», «the tragic actor in the drama» (Hugh Thomas, op. cit. página 584) que ha provocado la doctrina de la «no-intervención» que en esos años fue fatal para España, finalmente entregada a una dictadura rígida por espacio de casi cuarenta años, aunque también lo fue para Europa y para el mundo entero.

Cualesquiera que hubiera sido la extensión de la guerra civil española en Europa, durante los años 1936-1938, mientras que los preparativos militares de Hitler eran aún muy incompletos, esto hubiera sido un mal menor que la Segunda Guerra Mundial. Los pueblos libres de Europa y de América mostraron entonces que po-

seían un sentido histórico más fuerte y más sano que el de sus gobiernos. Los voluntarios que se han precipitado a acudir a España; franceses, británicos, ciudadanos de los Estados Unidos y del Canadá, escandinavos, belgas, húngaros, checos, suizos, polacos, yugoslavos, búlgaros e incluso alemanes e italianos han constituido las Brigadas Internacionales. Es de observar, sobre el plano moral, que cuarenta mil voluntarios de numerosos países —evidentemente menos que las unidades organizadas, enviadas por Hitler y Mussolini para ayudar a Franco— se han precipitado para batirse y sacrificarse, al lado de los republicanos españoles.

Grecia se hallaba entonces bajo un régimen dictatorial y los jefes demócratas (entre los que me hallaba) así como los comunistas más dinámicos eran encarcelados o deportados bajo una severa vigilancia a las pequeñas islas del mar Egeo. A pesar de todo, la marina mercante griega ha ayudado considerablemente en la lucha a los republicanos españoles. De septiembre de 1936 a marzo de 1938, barcos griegos han transportado a España 325 toneladas de material de socorro, y otros barcos han provisionado a las fuerzas republicanas con magnesio, amoníaco, alquitrán, cal e incluso maíz.

La guerra civil española fue, en sus dimensiones morales, universal. El pueblo de España, el gran protagonista, estuvo dividido a partir de 1936, como lo estuvo de septiembre de 1939 a 1945, casi el mundo entero. El ha tomado sobre sus espaldas como el «Hijo del Hombre» los pecados de los hombres de todos los pueblos. Por sus sacrificios, que eran por otra parte la continuación de los sacrificios de numerosos siglos difíciles, hubiera podido salvar a todos los pueblos que se han ahogado más tarde durante cinco años en la sangre más injustamente vertida, si —en lugar de predominar la doctrina de «no-inter-



vención»— se hubiera establecido la solidaridad democrática como principio internacional. Desgraciadamente, incluso hoy mismo, estamos muy lejos de la consagración de este principio. La doctrina de la «no-intervención» continúa predominando allá donde no debería predominar. Por otra parte, en los lugares donde se ha abandonado, es reemplazada por la intervención parcial de ciertos gobiernos en la vida interior de otros pueblos, intervención que puede ser abierta y visible como la que tuvo lugar en 1956 en Egipto y Hungría, en el decenio siguiente en Vietnam y Checoslovaquia, en 1974 en Chipre; o bien disimulada y subterránea como las que han tenido lugar en Chile y otros países.

Creo que la solidaridad democrática debe ser comprendida en el más amplio sentido. Debe comprender no solamente a las democracias tradicionales de tipo occidental que encuentran su referencia en el modelo de los antiguos atenienses; sino también a las repúblicas que llamamos hoy «populares» cuya referencia la hallaríamos en la Esparta de Agis IV y en la Roma de los Gracos. Estos dos sistemas de democracia son incompletos. La democracia política avanza muy difícilmente y muy lentamente hacia la democracia social. Mientras que la de la república «popular» que abolió de un día a otro el capitalismo avanza muy difícilmente y muy lentamente hacia la democracia política. Pero estos dos tipos de democracia tienen una profunda razón de ser. Ambos sirven—cosa que no se produjo con el fascismo, perversión monstruosa de la evolución histórica— a una gran meta histórica. ¿No debería existir entre todos los estados que sirven a estas dos grandes metas, una solidaridad supranacional? No veo aún despuntar en el horizonte histórico tal solidaridad. Y, no obstante, esa solidaridad—como lo he subrayado en una conferencia pro-

nunciada ante la Academia Búlgara de Ciencias el 7 de septiembre de 1976 (I)— se impone por la necesidad de hacer frente todos juntos a los peligros que amenazan en un futuro próximo a todo el universo, peligros que son la consecuencia del progreso incontrolado de la hipertecnología, de la superpoblación galopante, del deterioro progresivo del entorno natural, de la asvixia no solamente moral sino también biológica.

Un día llegará, en que —en lu-

(I) Conferencia publicada en lengua búlgara en la «Revista de la Academia Búlgara de Ciencias» (Año XXII, fascículo 5, 1976) y reeditada en francés en «Estudios Balcánicos» (Núm. 1, Sofía, 1977) del Instituto de Estudios Balcánicos de la Academia Búlgara de Ciencias.

gar del frágil equilibrio del miedo, terriblemente costoso que predomina hoy en día y que no evita por otra parte ninguna de las guerras y catástrofes en diversas regiones del mundo— predominará el equilibrio que surgirá cuando la humanidad se encuentre al borde del abismo, mediante la solidaridad de todos los pueblos. ¿Por qué no tratamos de que este día venga antes de que la raza humana llegue al borde del abismo?

Kanellopoulos



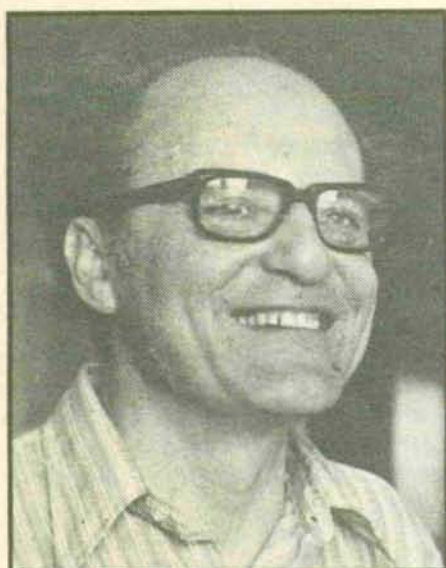
Max Gallo

**D**ESDE luego he recibido la guerra de España como un testimonio, ya que entre las personas más cercanas a mí he podido, desde niño, conocer a gentes que habían combatido en España por esa época. Sus relatos seguramente me han influido, puesto que en mis estudios de historia, me he orientado rápidamente hacia la búsqueda de todo lo concerniente a esos acontecimientos y los que le eran afines, pero debo decir que lo que me ha fascinado sobre todo es no tanto la guerra civil como sus consecuencias y especialmente la larga estabilidad del régimen franquista surgido de un enfrentamiento inhumano.

Con este estado de ánimo es que he escrito ese libro sobre la historia de la España franquista para dilucidar las razones de esa larga duración que la guerra a enmascarado frecuentemente.

En mi obra novelesca he evocado casi siempre la guerra de España, bien mediante alusiones a ciertos episodios, bien porque uno u otro de mis personajes haya participado en ella. Creo en efecto que la guerra de España es para un europeo uno de los últimos grandes conflictos en que la ideología podía aparecer como «pura», incluso sabiendo hoy, y desde entonces además, que en España como en otros países este enfrentamiento ideológico se desarrollaba en un clima de traición y de lodo (yo hago alusión, por ejemplo, al destino de Andrés Nin y a la suerte de los combatientes del POUM). Como quiera que sea, para la sensibilidad europea, la guerra de España se ha convertido en una de las referencias culturales más brillantes, y yo no escapo a esta referencia.





Gabriel Jackson

ta, podían mejorar la calidad de la sociedad humana organizada: la libertad política e intelectual, el socialismo centralizado y descentralizado, el anarquismo como forma de liberación y de organización voluntaria en pequeña escala, la autonomía para las nacionalidades dentro de un marco estatal más amplio. Los conflictos entre tan diversos ideales fueron en buena parte responsables de las divisiones internas de la España republicana, pero eso no resta nada a su valor permanente como experimentos que tendían a un porvenir humano menor y más decente.

En mi obra, claro está, la guerra civil ocupa un lugar central. Profesionalmente hablando, he dedicado más tiempo a estudiar la España de los años treinta que a cualquier otro tema histórico. Puesto que en el primer párrafo he aclarado mis simpatías republicanas, me gustaría añadir aquí que, estudiando la guerra civil como historiador, aprendí a valorar la gran influencia de las creencias y los hábitos tradicionales sobre el comportamiento político precisamente en épocas de rápido cambio social y económico. Pero especialmente porque en España se me conoce casi exclusivamente por mi obra sobre la guerra civil, me gustaría hacer hincapié en que esa obra no domina en absoluto mi quehacer intelectual. Mi tarea principal como profesor en California está relacionada con la historia cultural de Europa en conjunto, «las humanidades», desde la revolución científica hasta el momento actual. He escrito sobre el Medioevo español y también sobre el siglo XIX. He publicado una novela y tengo la intención de publicar otras. En mi obra, la guerra civil española es un tema importante entre otros, todos ellos de mi interés.

Gabriel Jackson



Arturo Ustar Pietri

**L**A guerra de España constituyó una terrible conmoción moral en toda Hispanoamérica. De un modo extraordinario se produjo un fenómeno de acercamiento e identificación con el drama y con los hombres que lo encarnaban. Era como si todos, en alguna forma, participaran en aquellos sucesos, en las decisiones de la pugna y en los resultados. Era algo que iba mucho más allá de la simpatía política o de la convicción ideológica, y que podría asumirse a una reacción instintiva por la cual todo lo que de común tenemos con el pueblo español revivió de pronto y se hizo avasalladoramente presente.

En una forma u otra, los hispanoamericanos participaron en el proceso y vivieron una experiencia de solidaridad que tal vez no tiene antecedentes.

En esa ocasión se reveló de manera deslumbrante el vínculo profundo que une a los pueblos de origen hispano de una y otra orilla del Atlántico.

A todos, y particularmente a los intelectuales, la guerra de España tiene el valor de una experiencia extraordinaria. Fue la ocasión de un confrontamiento con nosotros mismos, y hasta de una verdadera crisis de conciencia que afectó la actitud y la mentalidad de todos los que la vivieron.

Arturo Ustar Pietri

**P**OR lo que a mi vida se refiere, y aparte de mis preocupaciones académicas, la guerra civil española destaca como el acontecimiento político-moral más importante de toda mi experiencia personal. En una escala objetiva, especialmente cuantitativa, la Segunda Guerra Mundial o la Revolución China, o la descolonización de Asia o Africa, son claro está, acontecimientos «más amplios». Pero desde un punto de vista conscientemente moral e ideológico, la guerra civil española fue un suceso de especial intensidad, sólo comparable a cataclismos como la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Rusa de 1917. Como muchacho de dieciséis años que yo era entonces, me sentí profundamente conmovido por la resistencia republicana: único ejemplo de resistencia física al fascismo antes de la Segunda Guerra Mundial, momento en el que las potencias occidentales y la Unión Soviética se vieron obligadas a resistir a Hitler por seria necesidad de supervivencia. En años posteriores, la guerra civil siguió siendo especialmente significativa porque entrañaba todos los principios políticos y las posibles transformaciones sociales que, desde mi punto de vis-





Manuel Mújica Laínez

**L**A guerra de España dividió a uno de los países que más quiero. Como fruto de sus horrores, hombres sobresalientes cayeron en ambos bandos. La violencia de sus extremismos me llenó de congoja, pues al detestar toda dictadura, y al no verle más salida que un gobierno dictatorial, de izquierda o de derecha, según fuese la facción triunfante, comprendí que a España le esperaban, como resultado del enfrentamiento cruel, años en que el encono tornaría ardua la reconstrucción. Con todo, mi tendencia conservadora debía preferir el régimen que resultó victorioso, y si es obvio que no pudieron gustarme muchas de las decisiones de Franco —y en especial su posición durante la segunda gran guerra europea— es cierto también que valoré y valoro lo que España le adeuda como organizador. Ello no me impidió conocer, en la Argentina, a quienes militaban en los medios más diversos, como los escritores Rafael Alberti y Ramón Gómez de la Serna. La presencia en el trono de España del rey don Juan Carlos, como consecuencia última de tantas desventuras y de un dominio personal que parecía interminable, a mi ver, la única garantía contra la eventualidad de que se reproduzcan desbordes cuyo final sería la destrucción fratricida. Admiro su equilibrio, su profundo sentido de la responsabilidad patriótica, su democracia inteligente.

*Manuel Mújica Laínez*



Ernesto Sábato

**S**ALGO en pocas horas, esta tarde mismo, para un largo viaje por Europa, y me es imposible responderle con la extensión que el tema merece. Pero al menos quiero decirle, en estas poquísimas líneas, que el derribamiento del régimen democrático en España, en aquel entonces, fue un desdichado acontecimiento y el comienzo de uno de los más trágicos, sangrientos y premo-

nitarios cataclismos de nuestro tiempo; tiempo marcado a fuego por totalitarismos de derecha y de izquierda, por campos de concentración de uno y otro signo, por profundo desprecio de la sagrada dignidad del hombre. No pretendo que los lectores de TIEMPO DE HISTORIA lean mis libros, pero aquellos que lo han hecho o lo hagan alguna vez advertirán lo que significó en mi vida espiritual la guerra civil en un pueblo tan entrañablemente amado por todos los hispanoamericanos.

*E. Sábato*



Stephen Spender

**L**A guerra civil española tuvo una inmensa significación para los miembros de mi generación que nos oponíamos al fascismo. Hasta la intentona de Franco, no había habido otra resistencia frente a Hitler y Mussolini que la de los afiliados a partidos políticos ya fragmentados y la de algunos individuos empujados al exilio.

Nos parecía que en España un gobierno liberal y humanista, al que inesperadamente se adhirieron millones de españoles, estaba resistiendo a una dictadura fascista que en otras partes de Europa había aniquilado toda oposición. La España republicana representaba para nosotros la rabia frustrada y la indignación de los antifascistas de todo el mundo que, hasta entonces, habían tenido la sensación de ser los desvalidos espectadores de la destrucción de la de-

mocracia en la Europa central. Este aspecto internacional de la lucha se convirtió en una terrible realidad cuando Alemania e Italia enviaron hombres y armas en apoyo de Franco, y Rusia hizo lo mismo para sostener a la República. Para vergüenza nuestra, Inglaterra, Francia y América —las democracias— se mantuvieron indiferentes con su política de no-intervención. Se negaron a ver que las libertades democráticas que debían estar defendiendo eran atacadas en España. Pero Rusia no era el único apoyo con que contaba la República española. Los socialistas, los liberales, los antifascistas —a título individual— de todo el mundo se unían a los batallones de las Brigadas Internacionales y sostenían de muchas otras formas a la República. Las víctimas del fascismo, expulsados de sus países, combatían a sus opresores políticos en España.

Desde un punto de vista histórico, seguramente fue una desgracia para los españoles el que su guerra civil estuviese parcialmente inmersa en la guerra civil más amplia entre fascistas y antifascistas que se estaba desarrollando en España; como lo fue el hecho de que España se convirtiese en el teatro en el que los nazis pudieron probar sus tropas y sus armas en una especie de ensayo cara a la Guerra Mun-



dial. Sea como fuere, los republicanos (y yo sólo conocía la España republicana) parecían sentir que luchaban por una causa: la de la libertad, que rebasaba el simple hecho de defender a España.

Para los extranjeros como yo que íbamos a España en apoyo de la República, la experiencia de España como España y sus gentes constituía una realidad esencial del momento. España estaba marcada como con un hierro candente en nuestros corazones. Toda una literatura de novelas de Malraux, Hemingway, poemas de Neruda, Octavio Paz, Eluard, Auden... eran una expresión desde fuera —desde el extranjero— de la guerra civil española. La poesía de Miguel Hernández, Rafael Alberti, Cernuda y muchos otros poetas españoles hizo de España un acontecimiento tanto literario como político en nuestras vidas. El visitante de España tenía a veces la impresión de que al tiempo que era testigo de una guerra, lo eran también de un renacimiento de las artes españolas. Además de la poesía, lo prueban los maravillosos carteles de propaganda que confeccionaron los artistas del lado republicano, excelentes publicaciones como *Hora de España* y los volúmenes baratos y maravillosamente impresos de los clásicos en lengua catalana.

Considero la Guerra civil española como el acontecimiento personal y público más hondamente sentido de toda mi vida. Esta experiencia se manifiesta en unos cuantos poemas que escribí por aquel entonces, y también en mi autobiografía *El mundo dentro del mundo*. Menciono estas obras sólo porque ustedes me preguntan sobre la influencia de la guerra civil en mis escritos. Para mí es mucho más importante el hecho de haber conocido a poetas y escritores españoles —Alberti, Bergamín, Hernández, Altolaguirre— en circunstancias en las que sus sentimientos parecían escritos igual de claros en la

amistad que le profesaban a uno como en sus propios escritos.

Yo tenía entonces veinticinco años, y hoy tengo setenta. Sigo pensando que para mí la experiencia de la España de 1937 y del propio año de 1937 fue la experiencia de una causa, de un pueblo y de unos individuos que querían comunicarle a un forastero los sentimientos más profundos que incorporaban a sus obras. Importa también mucho el hecho de que mis amigos españoles tuviesen un gran sentido del humor; se reían mucho, y contaban maravillosas anécdotas e historias. No presentaban un aire trágico. Eramos jóvenes. Yo tenía la sensación en España de estar en contacto con el genio de una nación y de una cultura. Un poeta al que

no conocí —porque ya estaba muerto— es García Lorca. Sin embargo, Lorca parecía estar siempre presente en el recuerdo y en el afecto de sus amigos, que hablaban continuamente de él, repetían sus chistes, recitaban sus poemas, representaban sus obras.

No estoy seguro de haber expresado aquí todo lo que significó para mí la guerra civil española. Así que me gustaría dirigir estas palabras a Octavio Paz, a quien conocí en España, y a los descendientes de mi querido y divertido amigo Manuel Altolaguirre. Creo que ellos comprenderán.

*Stephen Spender*



Gerald Brennan

**L**LEVABA viviendo varios años en España y el horror que produjo en mí el levantamiento de los generales y la brutalidad con que ése se llevó a cabo desde el primer momento me marcó muy profundamente. Hice trizas la novela que estaba escribiendo y tan pronto como volví a Inglaterra me puse a investigar en las bibliotecas en torno a los acontecimientos que habían conducido a esta guerra e incorporarlos en un libro, *El Laberinto Español*, que publicó la Cambridge University Press en 1943. Hasta ese momento yo había sido un liberal sin apenas interés por la política. Puedo decir que la guerra civil española me afectó más

*profundamente que la guerra con la Alemania nazi porque había visto con mis propios ojos, destruido por la violencia, un país que amaba. No interpreté esa guerra como un incidente en la lucha entre el nazismo y el socialismo o la democracia, sino como un asunto básicamente español que se remontaba a la invasión de la península por Napoleón, aunque mucho más destructivo de lo que hubiera sido de otro modo por la existencia de las dos potencias fascistas en Alemania e Italia. Podría añadir que, desde la primera guerra mundial, en la que combatí, mis sentimientos políticos más intensos han sido un odio hacia la violencia, ya fuera nacionalista o revolucionaria, y una desconfianza hacia el utopismo que normalmente está en su origen. Sin embargo, no soy ningún pacifista, pues creo que la resistencia a la agresión puede ser, en algunos casos, necesaria».*

*Gerald Brennan*